
ROMERO RECIO, Mirella, SALAS ÁLVAREZ, Jesús y BUITRAGO, Laura (2023), *Pompeya y Herculano entre dos mundos. La recepción de un mito en España y América*. L'Erma di Bretschneider, Roma, 367 páginas, ISBN: 978-88-9132-820-5.

NOS encontramos ante un libro que estudia la recepción de la historia y las excavaciones de Pompeya y Herculano y los diferentes mitos creados a su alrededor en Europa y América. Se trata de «dos yacimientos arqueológicos que no necesitan presentación» (página 11) y que, por tanto, resultan muy paradigmáticos a la hora de abordar su recepción en diferentes lugares y contextos históricos. En concreto, los editores de la obra, Mirella Romero y Laura Buitrago, ambas de la Universidad Carlos III de Madrid, y Jesús Salas, de la Universidad Complutense de Madrid, coordinan en este libro un total de 18 contribuciones de 20 autores de un lado y otro del Atlántico.

Merece la pena comenzar esta reseña por el capítulo final del libro (páginas 343-352), dedicado a enmarcar el proyecto de investigación del que forma parte esta obra en las Humanidades Digitales. Se trata de RIPOMPHEI, «Recepción e influjo de Pompeya y Herculano en España e Iberoamérica», que cuenta con una página web con un catálogo y un mapa en el que están geolocalizados todos los edificios del mundo con diseños inspirados en

Pompeya y Herculano. Las autoras de este capítulo son Mar Bujalance-Pastor, Inmaculada Muro-Subías y Lola Santonja-Garriga, las tres de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad Carlos III. Junto a la introducción de los editores (páginas 11-14), este capítulo permite situar al libro en el conjunto del proyecto, con todas sus iniciativas y meritorios trabajos de investigación y de divulgación.

Más allá de estas cuestiones generales, la obra se divide en cinco partes claramente diferenciadas. La primera (páginas 15-88) recoge experiencias personales, tanto de viajeros como de viajeras, en las ciudades vesubianas. La segunda parte (páginas 89-142) aborda, solamente desde la perspectiva americana, la recepción y difusión del mito pompeyano en la prensa, muy importante por la mayor generalización que va a tener ésta en el periodo estudiado. La tercera (páginas 143-216) se centra en la recepción de este mito en el arte, por ejemplo en las obras de Joaquín Sorolla. La cuarta (páginas 217-276) estudia Pompeya y Herculano como modelos culturales de progreso, especialmente en México, y, finalmente, la quinta parte

(páginas 277-354) aborda las investigaciones de estos dos yacimientos desde la perspectiva de los archivos y las Humanidades Digitales. Además, la obra también cuenta con un capítulo (páginas 355-367) que incluye el listado de todos los autores y los resúmenes de sus contribuciones.

Federica Pezzoli, de la Universidad Complutense de Madrid, estudia el diario de viaje del cubano Eusebio Figueras Font (páginas 17-33). La autora explica que «no solo para la burguesía europea, sino también para la caribeña y latinoamericana del siglo XIX el viaje al extranjero y la conservación de su memoria escrita representaban una experiencia fundamental» (página 17). En este caso, Herculano y Pompeya se presentan por Figueras no como un paradigma de progreso –para él lo es Estados Unidos–, sino como las ruinas de una civilización occidental que ya se ha desplazado en ese momento a América. En el caso de Benjamín Vicuña Mackenna (páginas 35-52), intelectual chileno abordado por María Gabriela Huidobro Salazar, de la Universidad Andrés Bello de Chile, el viaje a Europa permitía «definir el lugar que el Nuevo Mundo ocupaba en la existencia e historia de Occidente» (página 35). A través de su visita a Pompeya y Herculano, «Vicuña afirmaba la ascendencia genealógica cultural de Roma en Chile, por medio de la conquista española» (página 47) y relacionaba la erupción del Vesubio en el 79 d. C. con desastres locales empatizando, por tanto, con este drama tan recordado de la antigüedad.

Laura Buitrago escribe acerca de las viajeras americanas en Pompeya y Herculano entre 1853 y 1908 (páginas 53-67), hasta ahora muy poco documentadas y, a juicio de la autora, «marginalizadas tanto en época de publicación como posterior-

mente» (página 65). Buitrago identifica en su contribución a personalidades como Elena Larraínzar, María Teresa de Arrubla y Clorinda Matto de Turner, «mujeres viajeras americanas que, a través de sus relatos, manifestaron su erudición en temas como la Antigüedad clásica en sus descripciones de lugares como Pompeya y Herculano» (página 54). El último viajero presentado, en este caso por Mirella Romero, es el pintor José Manaut Viglietti (páginas 69-88), quien «en las cartas dirigidas a su familia se detuvo en describir la importancia de la civilización romana» que conoció en la capital, en sus museos, y también en los dos yacimientos arqueológicos campanos. La cultura latina influyó en la obra de este artista, pero especialmente en un libro que publicó sobre la pintura helenístico-romana.

La labor de la prensa es abordada en la segunda parte de la obra por autoras como Carolina Valenzuela, de la Universidad Autónoma de Chile, y Renata S. Garrafoli, de la Universidad Federal de Paraná en Brasil. Si bien los viajes solo eran accesibles para las élites latinoamericanas, la mayor difusión de la prensa va a permitir que la recepción del mundo antiguo también llegue a las clases populares, es decir, lo que conocemos como la democratización de la cultura clásica. Tal y como explica Carolina Valenzuela en su contribución sobre la prensa chilena (páginas 91-103), «la revista Zig-Zag se hace parte de este proceso de masificación de la recepción de la cultura clásica, posibilitando, a través de sus reportajes gráficos, el conocimiento de una tradición hasta hace poco reservada a los grupos privilegiados del país» (página 92). En la contribución de Garrafoli (páginas 105-121) se destaca el papel de la emperatriz brasileña Teresa Cristina de Borbón-Dos Sicilias

(1822-1889), cuya colección, «con más de 700 piezas de origen griego, etrusco y romano (...) era, hasta el terrible incendio de 2018, la mayor colección de Antigüedad Clásica de América Latina» (página 108). La incorporación de todos estos objetos de la vida cotidiana romana traídos desde Pompeya y Herculano «introdujo a Río de Janeiro en los circuitos artísticos y científicos de la época, con un considerable impacto en la vida urbana de las élites culturales brasileñas» (página 109).

El capítulo de Ricardo del Molino, de la Universidad Externado de Colombia, está centrado en el protagonismo que va a cobrar el estilo pompeyano (páginas 123-142) «en mansiones, en espacios de sociabilidad moderna y en objetos de uso cotidiano propios de la burguesía de América Latina» (página 136). Del Molino pone como ejemplo la Casa Dorada de Tarija, cuyos estilos pompeyanos señalaban «a sus dueños como parte de una burguesía que pretendía reclamarse moderna, civilizada y cosmopolita, contraria a los sectores nacionales más tradicionales, aún coloniales, y opuesta a las clases populares» (página 137).

A continuación, nos encontramos con cuatro capítulos dedicados a profundizar en el impacto de los dos yacimientos campanos en la obra de pintores como Robert S. Duncanson, Manuel Domínguez, Joaquín Sorolla o en la Academia de Bellas Artes de San Fernando en general. Daniel Expósito, de la Universidad de Puerto Rico, aborda la antigüedad en la pintura estadounidense del siglo XIX a través de Robert S. Duncanson y sus cuadros sobre Pompeya (páginas 145-162), y apunta que «Italia (...) fue parada obligatoria para todos aquellos norteamericanos que pisaron suelo europeo durante algo más de una centuria»

(página 145). En el caso de Europa, hay que tener en cuenta que «las academias potenciaban el interés por la antigüedad y muchos pintores, escultores y arquitectos que hacían el Grand Tour y que estaban pensionados en Roma se acercaban a los yacimientos arqueológicos y a los museos y plasmaban en sus obras lo que allí veían» (página 171), tal y como detalla Cristina Martín, de la Universidad Complutense, en su contribución sobre la presencia de Séneca, Tácito y el pompeyismo en la pintura de Manuel Domínguez (páginas 163-178). Martín llama la atención sobre el hecho de que Séneca, a pesar de ser romano, aparezca en las obras de este artista con «elementos similares a los recuperados en las excavaciones de las ciudades sepultadas por la lava del Vesubio» (página 172), lo que muestra que a finales del siglo XIX el conocimiento de la cotidianeidad del mundo antiguo llegaba a través de los yacimientos campanos.

María Martín de Vidales, de la Universidad Isabel I, estudia el impacto de Pompeya y Herculano en la pintura española (páginas 179-195), sobre todo a través de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, y asegura que «uno de los temas que más éxito tuvo en la pintura de historia fue el de la Antigüedad Clásica» (página 182). La autora habla en esta contribución del *revival* arqueológico, traducido como «el interés por la arqueología clásica, pero desde un punto de vista contemporáneo» (página 183), que en realidad guarda mucha relación con los estudios de recepción de la Antigüedad en los que se encuadra la obra. Al contrario que lo que ocurre con la pintura de historia, con evidentes motivaciones políticas, en el caso de la recuperación del arte pompeyano, y solo en el territorio hispano, «se

omitieron las referencias al ámbito político» (página 192). Ana Valtierra, de la Universidad Complutense, estudia los dibujos y las pinturas pompeyanas de Joaquín Sorolla (páginas 196-215), criado en Valencia a finales del siglo XIX en un ambiente «imbuido por el deseo de recuperación del mundo clásico» (página 199). Según Valtierra, Sorolla va a destacar en este sentido porque «fue un genio a la hora de aplicar esta dualidad por lo que una pintura al mirarla la podrías encuadrar en época antigua o contemporánea» (página 205) y esto se percibe a través de la atención que presta a los baños, inspirados en las termas romanas, y también con la admiración que profesa por los colores pompeyanos.

En la siguiente parte de la obra, que aborda Pompeya y Herculano como modelos culturales de progreso, nos encontramos con el único capítulo en otro idioma diferente del español, en este caso italiano. Rosaria Ciardiello, de la Università degli Studi Suor Orsola Benicasa, en Nápoles, trata en estas páginas la influencia de estos dos yacimientos arqueológicos campanos en Estados Unidos. Esta profesora subraya que «la emulación de los modelos de Pompeya y Herculano, tanto en Estados Unidos como en Europa, a partir de mediados del siglo XIX, no fue exclusivo de eruditos y anticuarios» (página 236), convirtiéndose en un medio para la propaganda. En el caso de México, abordado por Elvia Carreño, de la Universidad Nacional de México, van a destacar, igual que subrayábamos antes, las comparaciones entre los sucesos de las ciudades vesubianas y aquellos que ocurren en este país (páginas 243-262). Por tanto, «reflejan el uso que la sociedad de México hizo de ello para entablar un vínculo ente pasado y presente en ambos contextos entre las culturas clásicas y la mexicana» (páginas 250-251).

De gran interés desde un punto de vista histórico resulta la contribución de Aurelia Vargas, de la Universidad Nacional Autónoma de México, acerca de dos momentos clave en la recepción de Pompeya en este país (páginas 263-275). El primer momento está asociado al reinado en España de Carlos III (1716-1788), que no solo fue el promotor de las excavaciones pompeyanas, sino que también contribuyó a su difusión en la Nueva España. El segundo momento tiene que ver con el impulso que Maximiliano de Habsburgo dio a este asunto cuando se convirtió en emperador de México en 1864. Todo ello provocó que la influencia pompeyana estableciese en México «un auténtico léxico decorativo, aplicable en la arquitectura, los jardines, las fuentes, las esculturas, así como en salones, muebles, pisos, acabados y mosaicos» (página 272).

La última parte del libro incluye la recepción de Pompeya y Herculano en archivos e investigaciones que hacen uso de herramientas propias de las Humanidades Digitales. M.^a del Carmen Alonso aborda en su contribución la posibilidad de que tuviesen lugar excavaciones realizadas en los yacimientos de Pompeya, Herculano y Estabia antes de que empezaran las oficiales en 1748 (páginas 279-297). La autora apunta «a diferentes tipos de perforaciones, en función de su finalidad, bien fuese exploratoria o extractiva, puesto que se hicieron probablemente por buscadores locales, con escasos medios económicos y necesitados de soluciones rápidas» (página 292). Y añade un mito historiográfico basado en «la esperanza de encontrar yacimientos intactos tras la erupción del 79 d. C.» (página 293). Jesús Salas aborda en su contribución sobre la difusión de los descubrimientos de Pompeya y Herculano en

el siglo XIX en España (páginas 299-322) el aumento del interés por este tema «debido a que los intelectuales y artistas del movimiento romántico lo consideran como un elemento modernizador de la nación» (página 320). Lo que buscan a través de instituciones como el Museo Arqueológico Nacional o el Museo de Reproducciones Artísticas es «mostrar aquellos elementos de la nación española que eran susceptibles de aportar a la cultura europea del momento» (página 308) y, con ello, «crear un relato histórico más acorde con los postulados políticos, educativos y culturales que defiende» (página 320).

María Eugenia Cabrerizo, del Ministerio de Cultura y Deporte, estudia la presencia de Pompeya, Herculano y en general de la Antigüedad clásica en el archivo familiar de la familia Madrazo y especialmente de Luis de Madrazo (páginas 343-352). Este capítulo resulta de gran interés ya que la atribución de Madrazo a una serie de dibujos revela «un panorama inédito sobre el estado de los restos de Pompeya y Herculano en la época» (página 340) que no conoceríamos si no fuese por este artista. Esta parte final del libro termina con el capítulo sobre el proyecto RIPOMPHEI que ya hemos abordado al comienzo de esta reseña.

La importancia de esta obra editada por Mirella Romero, Jesús Salas y Laura Buitrago radica en que presenta las excavaciones de Pompeya y Herculano como unos descubrimientos que contribuyen, por lo menos, a tres cosas que me parece interesante destacar: 1) construir una idea

de progreso asociada a la Antigüedad; 2) generar una democratización del mundo antiguo en amplias capas de la sociedad, tanto en Europa como en América; y 3) aportar elementos de cohesión a la cultura europea del momento. En cuanto a esto último, el mundo clásico siempre ha tenido la virtud de proporcionar unidad cultural al territorio europeo tanto en la Antigüedad, gracias al Imperio Romano, como en el Renacimiento, con el Humanismo, y en este amplio periodo entre el siglo XVIII y el siglo XIX, con el Neoclasicismo, y esos movimientos culturales impulsados, como hemos visto, por las excavaciones de Pompeya y Herculano, entre otras cosas. Lo interesante de esta obra es que muestra, además, que esta cohesión cultural es trasatlántica y, cómo señalábamos antes, es a través de España cómo las ideas de la Antigüedad llegan a América.

Como aseguran los editores en el capítulo introductorio, «Pompeya y Herculano fueron recibidas y apropiadas en América, los descubrimientos campanos tuvieron su eco no solo en la sociedad española, sino también en la de los países americanos». Las diferentes contribuciones presentadas en este libro ponen de relieve que en ese contexto del romanticismo la Antigüedad primero se recibe y luego se apropia como si lo segundo fuese en muchos casos prácticamente inevitable. El caso de Pompeya y Herculano es especialmente elocuente de ello y rico en ejemplos de una procedencia muy diversa, pero son muchos otros los que, especialmente en el siglo XIX, y desde diferentes posiciones, van a poner la Antigüedad al servicio de mitos y objetivos políticos.

Javier LAREQUI FONTANEDA
Universidad Navarra